

Alvaro Cepeda Samudio que lamento desconocer; la acción, en efecto, se ve reducida al estrecho espacio de un moderno ascensor, donde dos viejos (parece que en el cuento son dos niños) se hallan detenidos por una falla mecánica. A pesar de todo, hay una alusión permanente a la "intervención divina" en la vida de los viejos cuando acuden a Teddy, otra anciana fallecida que les dejó como herencia los gaticos que transportan en un canasto, y a "mamá que está en el cielo", cada vez que tienen dificultades, incluso mecánicas o alimentarias. La obra trata, entre sus varios asuntos temáticos, el de la desmistificación de la bondad de los ancianos —probablemente en el cuento es la de los niños—, al presentarnos a estos dos viejos insoportables y crueles, a veces también infantiles, que no tienen inconveniente en eliminar a sangre fría a los inocentes gaticos del ascensor; pero el sentido general de la obra, como hemos dicho, es aún más abstracto e inaccesible que el de la anterior. Considero que, si el Tecal se replantea la claridad popular que alcanza en *Domitilo*, podría quizá lograr una síntesis mucho más comunicativa en sus obras de sala.

Este libro resulta, pues, modesto en sus ambiciones, dada la sintética e inacabada talla de por lo menos dos de las obras, pero exigente en su realización, la cual constituye una presentación decorosa y oportuna de una nueva generación de teatristas que se aparta con decisión, por un lado, del teatro consagrado entre nosotros desde la década de los años setenta, de tendencias marcadamente "sociales", y, por el otro, del teatro decididamente comercial, bastante superficial en sus preocupaciones temáticas. El Tecal alimenta así las esperanzas de un público que desea ver renovadas ciertas tendencias, a veces estereotipadas, de grupos antiguos, o hallar en el teatro algo distinto de *shows* entretenidos pero insustanciales. Aquí se trata, en efecto, de obras limpiamente escritas, pulcramente planteadas para escenarios poco convencionales, con una dramaturgia seria, a veces quizá no completamente lograda, como hemos dicho, pero sin duda bien cimentada en conocimientos teatrales esenciales y, sobre todo, con la inquietud de

plantear temas de fondo en una forma paradójicamente juguetona.

FERNANDO GONZÁLEZ CAJÍAO



## El bien y el mal son uno

Cuando se muere el agua y otros cuentos  
José Antonio León Rey  
Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1991,  
146 págs.

Este libro, de la serie La Granada Entreabierto, de José Antonio León Rey trae veinte relatos muy breves, escritos con un lenguaje impecable. Escritos con el cuidado que se espera de un miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua, y no sólo eso, sino del secretario general de la comisión permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, aunque en materia de literatura no se debe esperar nada de nadie.

En estos cuentos, escritos en 1985, se detecta el gusto por el uso de una lengua con todos sus vericuetos, el dominio de las palabras con sus sentidos y acepciones, la sabiduría de quien ha estado por años en el oficio de cuidar el idioma. En ellos se lee una narrativa lenta, una descripción rica y detallada de la estampa costumbrista que recrea en la geografía de la región de Fómeque (Cundinamarca). Ellos nos remiten a un tiempo pasado

pero irreal, y digo irreal contradiciendo al señor Manuel Seco, director del Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española, quien escribe el prólogo, cuando dice: "[...] porque las vidas que León Rey nos enseña a través de sus páginas no son irreales, sino escogidas y denodadamente salvadas del olvido en que tienden a sumirlas las corrientes literarias de nuestro tiempo" (pág. 13). Y es que León Rey se ocupa solamente de una mitad de la realidad, del lado bueno. ¿Y el malo? En la realidad, tal como es, conviven lo positivo y lo negativo al mismo tiempo. Ocuparse de un solo lado es negar el otro. Es irreal hablar de un mundo tan maravilloso donde la gente es pura, el padre el bondadoso, la madre también, los hijos ni se diga, las hijas aún más. Los trabajadores son honrados, los patronos generosos, los campesinos humildes y limpios, y los terratenientes caritativos. Lo único malo que aparece en las 150 páginas del libro ocurre en *Dos madres*, y son los guerrilleros. Atacan la zona del Huila a donde se ha ido a trabajar Jacinto, el más honesto de los campesinos, y lo matan. La realidad es una con todo lo bueno y con todo lo malo al mismo tiempo. Se puede escoger hablar solamente de lo bueno y maravilloso de un mundo limpio y transparente, pero es una fantasía como cualquier otra. Por eso digo que estos cuentos tan bien escritos me remiten a un tiempo pasado pero irreal.

En relatos como *El chisguete*, *La sirena*, *El turpial*, *El salvaje*, León Rey rescata mitos y leyendas campesinas y los recuenta con lenguaje coloquial, al tiempo que con la palabra precisa nos acerca a la atmósfera del lugar, logrando una unidad tal que en ningún momento hace pesada su lectura. O bien trae a cuento escenas cotidianas breves y simples de relaciones humanas muy tiernas y bellas entre pobres y ricos, patronos y empleados, campesinos y terratenientes, maestra y alumno, esposo y esposa, padres y madres con sus hijos e hijas. O igual narra un sueño que tuvo, o una experiencia que vivió y lo impresionó, o recrea un cuento, como en *¡Una limosna!*, donde permite que salga la dosis de un humor muy especial que se ha venido sintiendo. Sin embargo,

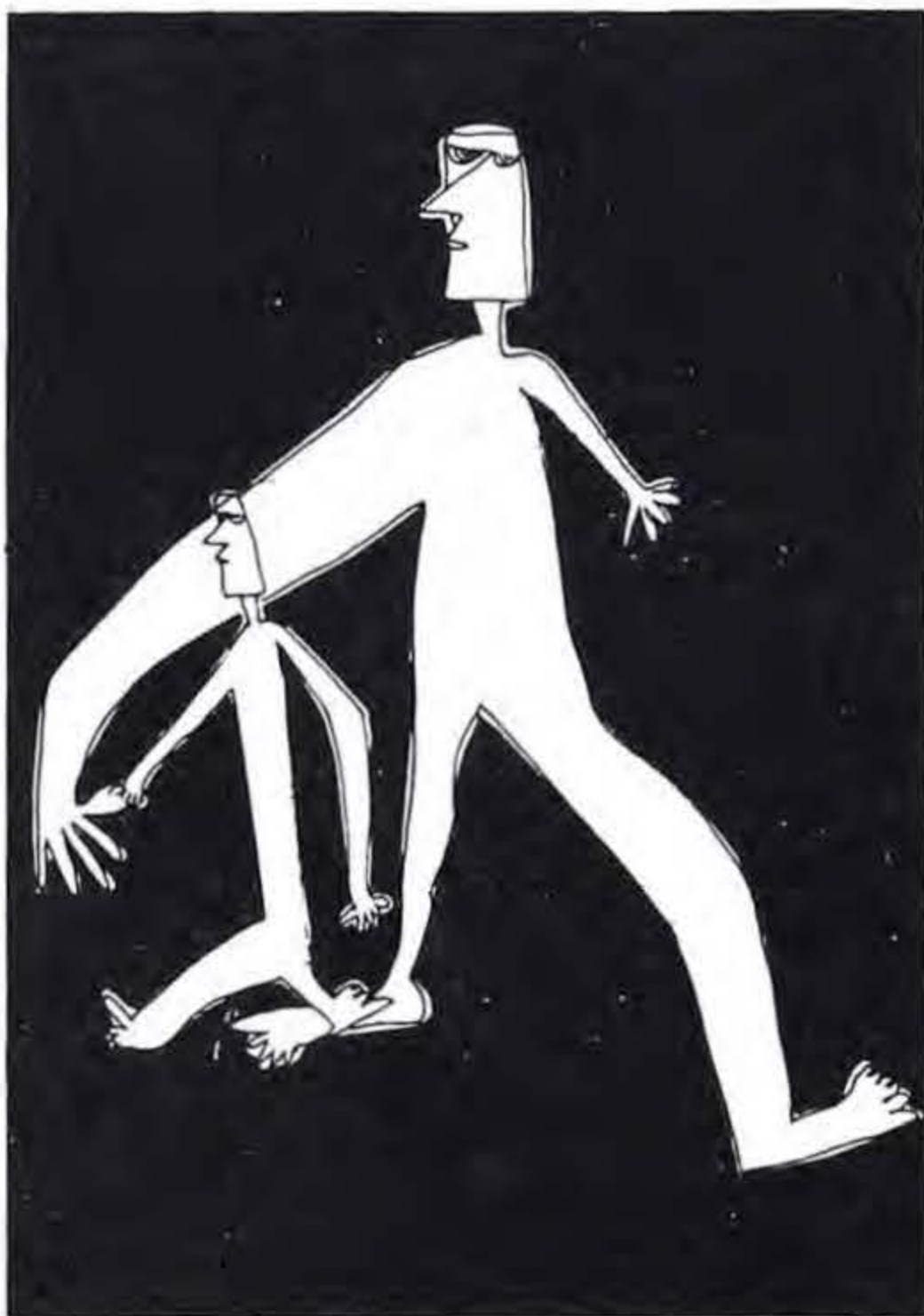


se ve en la necesidad de entrar en explicaciones, escribiendo un prólogo más largo que el mismo cuento o, como en *Peronia*, un chiste muy sutil recreado con fino humor al que igualmente le sobra la explicación porque está tan bien narrado que se entiende. ¿Por qué desconfiar de los lectores y de las lectoras?

El estilo de narrar es muy directo; a veces lo hace en primera persona, a veces es él mismo el protagonista, otras veces lo hace desde afuera. Siempre manejando con destreza esa manera de entrar y salir, al igual que la separación de los tiempos con los tres asteriscos. Es muy bella la manera como describe el campo, la relación de las personas con los animales, las costumbres. Logra meterse en el ambiente de tal forma que la descripción desaparece. Vale la pena repetir lo agradable que se hace su lectura y la riqueza que se encuentra en su vocabulario; no hay pedantería ni dificultad; por el contrario, hay abundancia en todos los sentidos.

No sobra decir que al final trae un glosario con las palabras desconocidas; que está muy bien impreso; que es el número 56 de la colección La Granada Entreabierta del Instituto Caro y Cuervo y que es el séptimo libro, dentro de esta colección, que publica el autor.

DORA CECILIA RAMÍREZ



## Venga, le cuento...

Con sabor a fierro y otros cuentos

Mario Escobar Velásquez

Biblioteca Pública Piloto de Medellín-Colcultura, Medellín, 1991, 179 págs.

*Con sabor a fierro y otros cuentos* es libro para leer poco a poco, disfrutando el juego de la lectura lenta que permite la sorpresa. Tiene cuentos, como *¿Qué es un siglo, patrón?*, que se dejan mascullar durante la duermela, imaginando colores y humores; otros, en cambio, son relatos que quitan el sueño y nos reafirman la realidad de este país (*Pagando el pato*).

Las descripciones y la narración de sucesos y acontecimientos son sugestivas e insinuantes; sin embargo, siempre queda al lector la posibilidad de imaginar algo más de los paisajes y los tiempos pasados o futuros de esas vidas a las que el autor le asoma.

De los once cuentos que componen este volumen, uno transcurre en lejanas tierras de la mitología cristiana (*El de Kerioth*) y otro en el maravilloso mundo del ensueño (*Las causas del llanto*). Los demás están impregnados de la humedad del trópico en el que continuamente nos sorprendemos entre los matices de la belleza y el terror: *Con sabor a fierro*, *Cómo degollar a uno*, *El precavido*, *De la raza de Caín*, *Molondrerías*, *Violeta*, *Gato*, *¿Qué es un siglo, patrón?*, *Pagando el pato*.

El autor lleva a sus lectores a pasear por multiplicidad de paisajes con las trazas crueles de lo humano: intrincadas selvas llenas de mosquitos y pobladas con seres misteriosos, rudos, sensuales. Grandes ríos que llevan y traen gentes, plátanos, basuras, olores, muertos, y son testigos pasajeros de amores y desgracias; con su paso contagian la alegría del agua que corre y, como en las mitologías aborígenes, son camino a otros mundos. Potreros domesticados a punta de balas y hachas. Tranquilos o violentos pueblos provincianos donde se chismosea mientras corre el polvo. Ciudades con cuarteles de pisos fríos y hombres

duros; estancias sórdidas para encuentros prohibidos; inquilinatos derruidos y calles sucias para recreo de ratas furiosas.

Pero la invitación también es para transitar espacios y tiempos íntimos de personajes diversos que pueden ser fantasmales, humanos y animales. Espantos seductores deseosos de compañía. Mujeres comunes de manos y pies curtidos que para cocinar juntan leña y acarrean agua; sufridas pero duras para aguantar la vida, el amor, la fatalidad, la soledad y la muerte. Hombres trabajadores que se rompen el espinazo deseando pequeños lujos y grandes borracheras para después seguir la rutina agotadora. Gentes que matan o se dejan matar por cansancio o para no dejarse carcomer por la humillación y el orgullo ofendido. Solitarios y tímidos aceptando sus deseos de devenir mujer o animal. Intelectuales que temen al padre y abandonan sus convicciones antes que la comodidad del miedo y de la aceptación social. Militares que pueden ser de uno u otro bando pero, al fin y al cabo, crueles y tiesos como sus armas. Animales domésticos salvajeados por el instinto y el apego a la vida. En fin, una gama de personajes que nos revuelven deseos, temores, repugnancias, afinidades, perversiones, haciéndonos compañía mientras leemos el relato y después cada vez que reaparecen en la cotidianidad.

El hecho de que paisajes y personajes sean tan cercanos al mundo en que vivimos, con su crudeza, veracidad o delicadeza, no implica que los cuentos de Mario Escobar Velásquez sean copia de ninguna realidad. Más bien, personajes y paisajes parecen haber tomado por opción de vida el transportarse a la eternidad a la que da lugar el texto a través de la habilidad del escritor.

En los diálogos, reflexiones, descripciones, el autor logra crear visiones del mundo pero siempre deja abierta la puerta de lo no dicho; espacios para adivinar y sentir intenciones, placeres, afectos, pesares... En esta escritura aparecen afirmaciones en las que se percibe la expresión del que vive con intensidad a cada instante: "Un alma sensible significa dolores de más, propios y ajenos. Un alma muy